

Derrida, el judío, “Das Unheimliche”
Acosta, Jazmín Anahí (UNC-CONICET)

A modo de introducción: la diferencia, el puente, el abismo...

Retomando la interpretación gadameriana de un poema de Celan (Derrida, 2003b) Derrida continúa “dialogando” con Gadamer más allá de su muerte. Si bien el “diálogo” es un concepto ajeno al léxico de la deconstrucción (Derrida, 2003b:11), el poema aparece aquí como aquel “lugar de encuentro” que marca cierta convergencia en las interpretaciones: un *locus* común, más allá de las diferencias existentes entre las “estrategias” de lectura derrideanas y el “método” interpretativo gadameriano. Esto es, entre una hermenéutica propuesta desde el horizonte abierto por la Tradición (y por ende dentro de los límites que ésta impone), y la “deconstrucción”, visualizada como un intento de situarse en los márgenes (¿o “más allá”?) de ella.

Escrito en ocasión del fallecimiento de Gadamer, *Béliers*¹ supone (o propone, según su título) que *la palabra poética* es la única capaz de re-mediar ese vacío (“infinito”) que deja toda muerte y toda ausencia. Podemos interpretar que ese texto (memoria u homenaje) es la asunción, cuando no el “cumplimiento” por parte de Derrida, de una cierta “deuda de amistad” que marcara irrecusable su relación con Gadamer. El encuentro celebrado en 1981 en torno a “hermenéutica y deconstrucción” fue descrito por la crítica como un “desencuentro”, como un “diálogo fallido” o “interrumpido”². En las primeras páginas de *Béliers*, Derrida describe ese intercambio como “una experiencia *unheimlich*”: extraña, “inquietante”, y teñida de cierta *melancolía*:

“Yo llamo a esta experiencia *unheimlich*, en alemán. No tengo equivalente francés para describir *este afecto* en una sola palabra: en el curso de un encuentro único, y por lo tanto irremplazable, una extrañeza singular se mezcló de manera indisociable con una familiaridad a la vez íntima y desconcertante, por momentos inquietante, *vagamente espectral*” (Derrida, 2003b: 12, sub. mío).

¹ *Béliers*. París, Galilée, 2003. Trad. Irene Agoff Carneros. *El diálogo ininterrumpido: entre dos infinitos, el poema*. Amorrortu, Buenos Aires, 2009.

² Véanse (por ejemplo y entre otros) la serie de artículos recogidos en la sección “El debate que no tuvo lugar”, en *Cuaderno Gris n°3*, 1998, en torno a las intervenciones de Derrida y Gadamer. Los textos del encuentro fueron publicados en alemán por Philippe Forget, *Text und Interpretation*, München, Fink, 1984. Respecto del encuentro, apunta aquí Derrida: “Nuestra discusión debió empezar por una extraña interrupción, algo distinto de un malentendido, una suerte de interdicción, la inhibición de un suspenso. Y la paciencia de una espera indefinida, una *epojé* que retenía el aliento, el juicio o la conclusión. En aquel momento quedé pasmado. Le hablé muy poco, y lo que dije entonces sólo se dirigía a él en forma indirecta. Mas estaba seguro de que *había comenzado una extraña e intensa reciprocidad (partage)*. Una asociación, quizá. Yo *presentía* que lo que seguramente él habría llamado “diálogo interior” se iba a proseguir en cada uno de nosotros, *a veces sin palabras, inmediatamente en nosotros mismos o de manera indirecta*, tal como se confirmó en los años que siguieron, esta vez en forma muy afanosa y elocuente, a menudo fecunda, a través de gran número de filósofos que en el mundo, en Europa, pero sobre todo en Estados Unidos, intentaron asumir y reconstruir *ese intercambio todavía virtual o contenido*, prolongarlo o *interpretar su extraña cesura*” (Derrida, 2003b:8,9, sub. mío)

Vagamente espectral: todo sucede como si, aún estando Gadamer presente, Derrida experimentase el encuentro como el que se tiene con un fantasma. ¿Cómo entender entonces ese afecto y esa "reciprocidad" *extraña* de la que habla Derrida? ¿Cómo interpretar esa "cesura", ese hiato, esa *interrupción* (del diálogo) ocurrida entonces, mientras Gadamer vivía, y cómo su paradójica "reanudación" tras la muerte del filósofo? ¿Qué es un "diálogo" sostenido *sin palabras*, "retenido" o "contenido" en una interioridad? ¿Cómo interpretar, finalmente, lo que Derrida denomina aquí "intercambio *virtual*" con el otro, y cómo pueden *afectarnos* estos intercambios con los ausentes?³

Si consideramos al otro como "productor de signos" (Davis, 2004), la muerte puede ser visualizada como la *interrupción* abrupta de ese proceso de producción. Esta *interrupción* –como la que según Derrida signó de antemano la discusión con Gadamer (cfr. nota 2, *supra*)– resulta *significativa*: se interpone entre-dos alterando, desplazando y modificando las posiciones de los "sujetos-hablantes-productores-de-signos", pues al menos uno de los dos interlocutores *ya no puede responder*. Bárbara Johnson sugiere que, por esta razón, "las palabras de los muertos llegan a nosotros desde una alteridad *más radical* que la de los otros vivientes", y que "el peligro es, por supuesto, que lo que los muertos digan puedan ser sólo las proyecciones de lo que nosotros queremos oír" (en Davis, 2004:78, trad. y sub. mío)⁴. Pero este riesgo es inherente a la lectura de todo texto y, aún, a todo "diálogo". Examinando la posibilidad de que los muertos puedan de algún modo "hablar con nosotros", Davis apunta que, en realidad, *todo texto* "viene a nosotros como si lo hiciera desde la muerte" (Davis, 2004:88). Como sostiene Derrida en su tratamiento de la *firma* y del *nombre*, la ausencia del autor (y del portador del nombre) está siempre *presupuesta de antemano*.

Desde la perspectiva de Derrida, el *duelo* entraña diversas aporías⁵ que nos "enseñan" de qué modo la vida y la muerte no pueden ser la una sin la otra, y que el viviente vive, por así decirlo, en una perpetua comunidad con los muertos. Como una forma de "hospitalidad" con los que ya no están, el duelo presupone aquella "ley de amistad" que rige desde siempre la relación con el amigo:

"[I]ey inflexible y fatal: de dos amigos, uno verá morir al otro. El diálogo, por más virtual que sea, quedará herido para siempre por una última interrupción. Una separación no comparable a ninguna otra, una separación entre la vida y la muerte, desafiará al pensamiento desde un primer sello enigmático (...) El diálogo continúa, por cierto, prosigue su estela en el superviviente. Este cree conservar al otro en sí: ya lo hacía cuando vivía, y de ahora en adelante le cede, por dentro, la palabra. Lo hace tal vez mejor que nunca, y esta es una hipótesis aterradora" (Derrida, 2003b:18).

³ "Afectarnos" en el doble sentido: como "afección" capaz de modificar nuestra "interioridad", pero también como un "afecto" capaz de surgir en el caso de semejante intercambio, como parece ocurrir en este caso.

⁴ Davis se refiere al texto de Bárbara Johnson *The Wake of Deconstruction*, Oxford, Blackwell, 1994.

⁵ Primera aporía del duelo: toda "fidelidad" será "infel", pues todo legado y toda *herencia* serán finalmente "traicionados" por ese mismo movimiento de interiorización en que consiste el duelo. Esto apuntaría hacia una segunda aporía del duelo o –mejor aún– hacia su "ley": *fracasar*, precisamente, en ese movimiento interiorizador. El otro será (como siempre lo fue) *infinitamente* otro (Naas-Brault, 2005:32,33). Contra la lógica apropiadora de la mismidad, de lo que se trata en la experiencia derrideana del duelo es (en clave levinasiana) de "mantener al otro *como otro*", como figura que, desde su singularidad irreductible, "resiste" a todo movimiento interiorizador-apropiador en el seno del "mismo".

Un amigo "sobrevivirá" al otro, y el sobreviviente será el encargado de "llevar al otro en su memoria". "Amistad" implica pues que *soy el responsable de llevar al otro (vivo o muerto) como llevo mi muerte en mí*, aún sabiendo que ese otro ya *no* podrá responder, y que en consecuencia mantener la "fidelidad" con una "amistad" semejante siempre será, ella también, una empresa "imposible". De allí la "melancolía" que tiñera el encuentro; melancolía entendida como "la primera certeza" que funda un "cogito del adiós": una *anticipación del duelo* por la inevitable ausencia del otro, por su *retirada del mundo* y por la retirada del mundo que el otro es.

La muerte del otro está siempre *anticipada*. La *interrupción* que es la muerte (una interrupción "*unheimlich*"), priva a los interlocutores de un mundo en común; pone al mundo en suspenso recluyendo al otro ausente en la interioridad del superviviente. Esa "epojé" o suspensión del mundo, así como la "interrupción" del diálogo o su "suspensión", son planteadas precisamente por Derrida como condición de inteligibilidad y del "diálogo". *Muerte y ausencia* devienen también condición de posibilidad de la escritura, del discurso que dice algo del otro y al otro, que lo evoca, que lo llama o lo nombra. También, condiciones de posibilidad de la "ipsidad" o de todo "sí mismo". *Amistad, duelo y muerte* aluden a procesos de "interiorización" (*im*)posible del otro, pues "llevar al muerto en nosotros", en nuestra memoria, o llevar "sus imágenes" en nosotros, supone una disimetría *insuperable* respecto del otro-muerto que, entonces, "me habita" (como un *espectro* o un *fantasma*).

En *Aprender (por fin) a vivir*, Derrida sostendrá que la muerte puede ser "dialectizada" problematizando ese "entre" representado por el guión que separa y une "la vida-la muerte". Acuñando esta expresión ("la vida-la muerte"), indicando con la marca gráfica del guión la inseparabilidad y mutua "contaminación" de los conceptos – *su complementariedad constitutiva*– surgirá la postulación de la "sobrevida" o de la "supervivencia", entendida como "un concepto original, que constituye *la estructura misma de lo que llamamos existencia*, el Da-*Sein*". Siguiendo en esto a Levinas, Derrida sostendrá que "[s]omos *estructuralmente* supervivientes, marcados por la estructura de la huella, del testamento" (Derrida, 2005: 48, sub. mío)⁶. Reconocida como una dimensión constitutiva de todo viviente, la muerte no sólo cumplirá un papel decisivo en el "proceso de subjetivación" (o se convertirá en condición de la "ipsidad"), sino que se tornará también en condición de posibilidad de toda "relación intersubjetiva". *Duelo y supervivencia* serían conceptos y *vivencias* originarios, que marcan el horizonte del viviente posibilitando modos de relación con el otro como la *hospitalidad*, la *fidelidad* y la *amistad*.

Derrida identifica el poema de Celan como *lugar de encuentro*: coincide en parte con la lectura de Gadamer y sigue, hasta cierto punto, su interpretación. Para Gadamer, la poesía y el poema son "la gran instancia para la experiencia de la propiedad y de la ajenidad de lenguaje". El poema es también, pues, un lugar "*unheimlich*", donde la propia lengua se nos vuelve extraña. El poema nos enfrenta con los límites de nuestro lenguaje en lo que tiene de intraducible, en ese juego de los "pasajes" que, como el duelo, está también destinado siempre a fracasar, dejando "restos" que permanecerán

⁶ Levinas describe al "yo" en *La mort et le temps* (1991) como *constitutivamente* sobreviviente a la muerte del otro, por lo que el otro muerto juega entonces un rol constitutivo en *mi* existencia. La concepción derrideana de la "amistad" y la posibilidad de formular un "cogito del adiós" son sin dudas deudoras de estas tesis levinasianas. En esta vía, Jean Birnbaum postulará además la existencia de un "cogito de la supervivencia" en la literatura de Imre Kertész, guiado por la premisa "He sobrevivido... luego soy", así como una "ética del superviviente" en Derrida (Birnbaum, 2005:11)

como suspendidos sobre la nada⁷. El poema es ese *locus* donde también es posible hacer la experiencia del otro y de lo otro. Esa palabra extraña, ajena o *enajenada*, es lo que *se da como una ofrenda*, tendiéndose como un puente hacia ese "otro mundo" que se ha ido y que es el otro, ése que ahora somos responsables de llevar.

"El mundo se ha ido, yo tengo que llevarte"⁸

De acuerdo con la tematización derrideana del duelo, podemos en efecto "hablar con los muertos" sosteniendo encuentros "virtuales" con ellos en el seno de nuestra interioridad. En paralelo con esta tematización del duelo, la concepción de la *escritura* como inscripción auto-hetero-bio-thanato-gráfica propicia un abordaje de la cuestión mismidad/alteridad en clave textual, considerando que los *textos* de los otros pueden interpretarse como aquellas "voces de ultratumba" que nos llaman y que convocan a la *respuesta*; es decir, a la (re)lectura, entendida como un modo de *rescate* del discurso del otro antes que como un modo de *apropiación*. En los escritos reunidos en *Cada vez única, el fin del mundo* (2005), el trabajo de duelo es *figurado* y *transfigurado en escritura* o *como escritura*. Escribiendo el duelo, Derrida amplía los alcances de toda *responsabilidad* y prolonga los confines hospitalarios de la *amistad* más allá de los límites que impone "la vida".

En ese ejercicio de escritura "thanatográfica" que es *Béliers*, lo thanatográfico se imbrica con lo bio-gráfico a partir de la tematización de la figura del "llevar" (*tragen*). La semántica del verbo *tragen* (*portar, comportar*) tiene una doble acepción. Por un lado se relaciona con lo vivo y lo viviente a través de la figura del niño, de un niño "por venir" (Birnbaum, 2005: 16):

"*Tragen* se dice también, comúnmente, de la experiencia que consiste en llevar a un hijo aún por nacer. Entre la madre y el niño, uno en otro y uno para el otro, en esta singular pareja de solitarios, en la soledad compartida entre uno y dos cuerpos, el mundo desaparece, está a lo lejos, es un tercero casi excluido. Para la madre que lleva al hijo, *Die Welt is fort*" [el mundo se ha ido] (Derrida, 2003b: 67)

En este sentido, la "tarea" de todo superviviente, de todo "amigo", consistirá en "llevar el duelo *como se lleva a un niño*" (Derrida, 2005: 72, sub. mío). Según esta primera acepción, se "carga" con el otro acogiéndolo en nuestra interioridad para "cuidarlo", llevándolo "como una madre lleva a su niño"; esto es: como *un viviente* lleva en sí a *otro viviente*. Dos vivientes en uno comparten un mismo "mundo", un mundo "íntimo" que está o que se mantiene, según esta lectura, "apartado" o "retirado" del resto del mundo (Derrida, 2003b: 71-73).

Sin embargo, y en las antípodas de este lenguaje del nacimiento por el cual se dirige a un ser presente o venidero, *tragen* puede aludir o dirigirse también al muerto,

⁷ "El poema no es sólo el mejor ejemplo de lo intraducible: le da su lugar más propio, el menos impropio, al duro trance de la traducción. El poema constituye, sin duda, el único lugar propicio para la experiencia de la lengua, esto es, de un idioma que a la vez desafía para siempre a la traducción y apela entonces a una traducción conminada a hacer lo imposible, a volver posible lo imposible en ocasión de un acontecimiento inaudito". (Derrida, 2003b:14).

⁸ El título de esta sección corresponde al verso del poema de Celan que Derrida retoma en *Béliers* como "motivo" para reentablar su diálogo con Gadamer.

“al superviviente o a su espectro, en una experiencia que consiste en llevar al otro en sí, como se lleva el duelo –y la melancolía–.” (Derrida, 2003b:67). En esta segunda acepción, *tragen* nombra un “entredós” extraño *entre vivo y muerto*, abriendo así la posibilidad de entablar con quienes no están “diálogos de ultratumba”. Semejantes “diálogos” serán siempre “interiores” –podríamos decir: permanecerán “encriptados”– en la interioridad del (sobre) viviente. En otras palabras: tendrán lugar sin la mediación que la “mundanidad” del mundo impone “entre-dos”, aunque eventualmente podrán ser *representados* a través de la *escritura*. Esta modalidad del “llevar al otro en mí” es un modo de interiorización *no apropiadora* del otro, pues mantiene al otro *como otro*. Interiorización a la que podemos entender, con Cragolini, como ligada a un modo del ser-con trazado en referencia a “la presencia ausente del otro en mí al modo de la cripta” (Cragolini, 2007:103). Esto es, como una *presencia espectral* respecto de la cual – sostiene Derrida en *Béliers*– tenemos contraída de antemano *una deuda*: la que toda “ley de amistad” también implica (Derrida, 2003b:72). En ambos sentidos (agrego) *tragen* puede ligarse con *Das unheimliche*, entendido como “la figura del otro en el mismo” (Derrida, 1981: 64). El proceso de duelo (tanto como el de la preñez) menta pues esa inhabitación del otro en la interioridad del “mismo”, un “llevar” que se da bajo una modalidad *unheimlich*: como algo familiar y extraño, íntimo y a la vez ajeno, inquietante⁹. Así,

“Llevar ya no quiere decir “comportar”, incluir, comprender en sí, sino llevarse hacia la inapropiabilidad infinita del otro, al encuentro de su trascendencia absoluta dentro de mí, es decir, *en mí fuera de mí*. Y yo no soy, no puedo ser, no *debo* ser sino a partir de ese *extraño llevar sobre sí dislocado de lo infinitamente otro en mí*” (Derrida, 2003b:71, sub. mío)

La “ipsidad” o el “sí mismo” se constituye así en referencia a “otro” que me habita y que me disloca; otro con quien tengo contraída de antemano una deuda: la de llevarlo en la memoria antes incluso de que su mundo “se vaya”.

Ser o no ser: ésa es la cuestión

“Judío ¿sería el otro nombre de aquella imposibilidad de ser sí?”
(Derrida, *La escritura y la diferencia*)

La hipótesis que sostenemos en este trabajo es que “*tragen*” y “*Das unheimliche*” resultan categorías operativas para la sustanciación de una cierta *noción de “identidad”* que, en Derrida, se juega en relación con “lo judío” como la de una “extraña pertenencia” (Derrida, 1991), o una “pertenencia sin pertenencia” –íntima y ajena: “*unheimlich*”.

En el contexto del texto analizado, el “habitar” inquietante (del “amigo” ausente o del “otro” en nosotros) se da al modo de una “herida” o “incisión”: “[...]la

⁹ *Unheimliche* también ha sido traducido como “lo siniestro”. En *Das Unheimliche*, Freud releva los variados significados del término, que se desplaza en un “arco semántico” que va desde “lo familiar” hasta su opuesto: lo “no familiar” o “lo “extraño”. Benjamin apunta también que la apariencia de vida de lo no-vivo es lo que nos resulta “siniestro” (por ejemplo: la *aparición de vida* que tiene un muñeco). *Das Unheimliche* ha sido traducido también como “lo ominoso”. Cabría indagar, por cierto, en esta acepción del término y sus consecuencias para estos planteos.

supervivencia lleva en sí la huella de una imborrable incisión. La interrupción se multiplica, una interrupción afecta al otro, una interrupción en abismo, más *unheimlich* [inquietante] que nunca" (Derrida, 2003b: 18). La figuración de la presencia del otro al modo de una "incisión inquietante" puede ponerse en relación con la "circuncisión" como *topo* o *alegoría* que, en *Circunfesión*, refiere a la "marca" del Otro como a la marca (visible y expuesta) de una "alianza" que es, sin embargo, no elegida o impuesta.

En *El monolingüismo del otro es la propia lengua* la que aparece como la "marca" del otro y como (forma de) "alienación constitutiva" (la lengua es *siempre* propia/impropia). Derrida postulará entonces una "estructura de alienación sin alienación" en relación con la cual es factible pensar la "ipsidad", la "identidad" y el "sí mismo" (Derrida, 1996:40).

En la entrevista de 1996 con Elisabeth Weber ("Un témoignage donné") apuntará que su relación con la tradición y la cultura hebreas están fundadas más bien en su "incultura" respecto de ella. Este tipo de relación singular, o más bien, *la singularidad de este modo de relación con ella* –sostiene– lo obligan no a "instalarse", sino más bien "a desplazarse en la dimensión metafórica, retórica, alegórica del judaísmo" (Weber, 1996:79) En esta vía, y siguiendo la parábola kafkiana *Abraham*, Derrida inquiere en el abordaje sartreano de la "identidad judía", y en la distinción propuesta por Yerushalmi entre "judaísmo" y "judeidad" (Derrida, 2003a:39,40), subrayando el carácter *problemático* de la categoría "judío". Retomando la cuestión de la *autenticidad* y de la *identidad*, el texto concluye refiriendo la posibilidad de un "otro Abraham" –un modo "otro" de ser "judío": el "plus que juive" ("más que judío"), el "autrement juive" ("judío de otra manera"), para reivindicarse finalmente como "autre que juive": "otro que judío", "diferente que judío" (Derrida, 2003a:41,42). La afirmación indentitaria de Derrida pasa por "ser y no ser" judío *a la vez*. En esa *indecidibilidad e indeterminación* pareciera emplazarse (y desplazarse) la "identidad" derrideana, en ese *locus* indeci(di)ble, *espectral*, que "carga" o lleva sobre sí ("*tragen*") una herencia (la circuncisión, la lengua) impuesta y escogida, familiar y extraña, *unheimlich*. La judeidad como "*Das unheimliche*": como la presencia *inquietante* del Otro y de lo otro en el seno del "mismo".

Sin embargo, para Derrida, el contenido que adquirirán las categorías de "judío", "judaísmo" o judeidad" no puede definirse independientemente del trasfondo proporcionado por la estructura de la "mesianicidad sin mesianismo": dependerá *del porvenir* y, por ende, *de los otros*. Si tanto el "porvenir" como el contenido asignable a las categorías en cuestión depende de una "*experiencia de invención* a la vez profética y poética" (Derrida, 2003:41, sub. mío), su "judeidad", su "más que judeidad" o su "judeidad *otra*" obedecerán, *quizá*, a procesos de invención y de apropiación (de herencias "escogidas") que serán al mismo tiempo procesos de ex-apropiación, de alejamiento y de extrañamiento¹⁰. Se abriría así la posibilidad de (re)significar ("poéticamente"), cada vez, esa categoría.

¹⁰ La *experiencia de la herencia*, sostiene Derrida, es "oscura e incierta" (Derrida, 2003a:40). En "Un témoignage donné", se afirma como "el último de los Judíos", o como "el peor de los Judíos": "soy aquél en quien la exclusión acaba con aquello de lo cual él está excluido" (citado en Bensussan, 2003a:44). Bensussan en este sentido sostiene: "Excluido-incluido, dentro- fuera, tal sería pues la *posición* del "último de los Judíos" (Bensussan, 2003a:44, sub. mío). Destaco aquí, a efectos de ofrecer más elementos para sostener mi hipótesis de lectura, que la cuestión de la "posición" es relevante para abordar la temática de *Das unheimliche*: "estar en posición" (de judío) implicaría estar siempre "dentro-fuera", "incluido-excluido". Esta caracterización puede remitirse a la estructura rosenzweigiana de la "*Binnenpolarität* judía", la doble polaridad en el sentido en que la palabra "judío" dice al mismo tiempo

Referencias

- Bensussan, G. (2003) "Le dernier, le reste...(Derrida et Rosenzweig)", en AAVV *Judéités. Questions pour Jacques Derrida*. París, Galilée, 2003.
- Cragolini, Mónica (2005). "Adieu, adieu, remember me. Derrida, la escritura y la muerte", en *Derrida, un pensador del resto*. La Cebra, Buenos Aires, 2007.
- Cuaderno Gris*, Época III, n°3, 1998. *Diálogo y deconstrucción: los límites del encuentro entre Gadamer y Derrida*. Coord. Antonio Ramos
- Davis, Colin (2004) "Can the Dead Speak to Us? De Man, Levinas and Agamben", en *Culture, Theory and Critic*, Routledge UP, 2004, n° 45.
- Derrida, J. (1981). *Las muertes de Roland Barthes*, en *Cada vez única, el fin del mundo*. Pre-Textos, Barcelona, 2005
- (1991). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo, el duelo y la nueva internacional*. Trotta, Madrid, 1998. Trad. C. De Peretti y M. Alarcón.
- (1996) *El monolingüismo del otro, o la prótesis del origen*. Manantial, Buenos Aires, 2007.
- (2005). *Cada vez única, el fin del mundo*. Pre-Textos, Barcelona, 2005.
- (2003a). "Abraham, l'autre", en AAVV *Judéités. Questions pour Jacques Derrida*. París, Galilée.
- (2003b). *Carneros. El diálogo interrumpido: entre dos infinitos, el poema*. Amorrortu, Buenos Aires, 2009.
- Derrida, J. Birnbaum, Jean (2005) *Aprender por fin a vivir*. Amorrortu, Buenos Aires, 2007.
- Naas, Michel; Brault, Anne-Pascal (2005), "Contar con los muertos. Jacques Derrida y la política del duelo", en *Cada vez única, el fin del mundo*.
- Weber, Élisabeth (1996) *Questions au Judaïsme*. Desclée de Brouwer, París, 1996.

la diferencia y la articulación, bajo la doble marca interior/exterior, y en la forma de "lo reunido-desarticulado" (*ajointement désarticulé*) (Bensussan, 2003a:48). Ese "ser judío no siendo judío" de Derrida será planteado por Bensussan como un "indeconstruible", como "indialectizable".